

## EL VALOR EJEMPLAR DEL MISTERIO TRINITARIO

ELISABETH REINHARDT

La Revelación manifiesta la verdad más profunda sobre el hombre cuando lo presenta como creado a imagen y semejanza de Dios<sup>1</sup>. Son pocas palabras, pero de un contenido riquísimo, que han iluminado la enseñanza de la Iglesia sobre el hombre a lo largo de los siglos y han estimulado la búsqueda teológica. Esta verdad preside también las orientaciones sobre el hombre en el Concilio Vaticano II<sup>2</sup> y está presente en la catequesis y los escritos doctrinales de Juan Pablo II como un constante punto de referencia.

Cabe preguntarse si es posible descubrir nuevas luces en el binomio «imagen y semejanza», pero al relacionar ésta con otras verdades reveladas no dejan de vislumbrarse perspectivas nuevas, que pueden enriquecer el conocimiento de la verdad sobre el hombre y su destino.

En efecto, si relacionamos, por ejemplo, el misterio trinitario con las palabras de Gen 1,26-27, se abre toda una gama de posibilidades para la reflexión teológica, como manifiesta la historia de la teología. En primer lugar habría que mencionar los textos patrísticos y, a raíz de ellos, todos los estudios teológicos, a lo largo de los siglos, acerca de la imagen de Dios en el hombre en su dimensión trinitaria.

No sólo se trata de un conocimiento más profundo del hombre, sino que una vez revelado el misterio la comparación de las procesiones divinas con las operaciones espirituales del hombre, da pie para analogías que aportan algunas luces sobre la realidad intradivina. La analogía más conocida y generalmente aceptada es sin duda la de San Agustín<sup>3</sup>, pero también actualmente se siguen realizando estudios so-

---

1. Cfr. Gen 1, 26-27.

2. Cfr. CONCILIO VATICANO II, Const. Pastoral *Gaudium et spes*, n. 12.

3. SAN AGUSTÍN, *De Trinitate*, lib. XII, c. 4, PL 42, 1000 ss.

bre posibles analogías a partir de otras realidades humanas<sup>4</sup>, cuya validez no se pretende analizar ahora.

En las analogías mencionadas se trata más bien de una línea cognoscitiva, que —presupuesta la Revelación— discurre a partir de realidades creadas con el fin de alcanzar un mayor conocimiento de la intimidad de Dios.

Frente a estas aportaciones amplias y diversísimas, queda abierto un campo de estudio de analogías en una línea que podríamos llamar «operativa» y descendente. Desde el punto de vista de la salvación, que es el fin de la Revelación, cabe preguntarse: ¿Qué dice el misterio trinitario al hombre que está en camino hacia la salvación? ¿tiene este misterio un valor ejemplar para el hombre, de modo que se vea atraído a imitar a Dios que se le manifiesta como Trinidad en la Unidad?

*Dios quiere que el hombre le imite*

Juan Pablo II, al introducir su catequesis sobre el misterio trinitario, dice que Dios, que para nosotros es incomprensible, ha querido revelarse a Sí mismo no sólo como Creador omnipotente, sino también como único Dios que es Padre, Hijo y Espíritu Santo, en cuya vida estamos llamados a participar: por la gracia, mientras caminamos en la tierra, y después en la gloria, si somos fieles a esa llamada. «En esta revelación la verdad sobre Dios, que es amor, se desvela en su fuente esencial: Dios es amor en la vida interior misma de una única Divinidad. Este amor se revela como una inefable comunidad de Personas»<sup>5</sup>.

La vida de fe del cristiano comienza, en palabras de Juan Pablo II en el mismo texto, «con la inmersión en el misterio del Dios vivo». Estamos destinados a entrar, como hijos, en la relación del Hijo con el Padre y a ser así «promovidos a la unidad que reina entre el Espíritu y el Padre»<sup>6</sup>.

Así el hombre, creado a imagen y semejanza de la Trinidad por amor, está llamado por Dios a participar en su vida y a tener un trato

4. Se puede consultar *Internationale Bibliographie trinitarischer Literatur*, Bibliotheca Trinitariorum, editada por E. Schadel, Munich 1984, t. 1.

5. JUAN PABLO II, Audiencia general, 9-X-1985.

6. J. RATZINGER, *Teoría de los principios teológicos*, Herder, Barcelona 1985, p. 35.

de amistad con El<sup>7</sup>. Y aún más: está llamado a «parecerse» a Dios imitándole. Juan Pablo II, en su catequesis, compara en este sentido un texto del Antiguo Testamento con uno similar del Nuevo Testamento y pone de manifiesto cómo el segundo implica y explicita el primero: «Sed santos, porque santo soy yo, el Señor, vuestro Dios» (Lev 9,20) y «Sed, pues, perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt 5,48). La *santidad* de Dios es entendida como absoluta «separación» de todo mal moral y es al mismo tiempo bondad absoluta. La *perfección* de Dios, en el sentido moral, es la santidad de Dios. Para los hombres, esta perfección-santidad consiste en la conformidad con la ley moral. «Dios es santo en Sí mismo, es la santidad sustancial, porque su voluntad se identifica con la ley moral. Esta ley existe en Dios como su eterna Fuente y, por esto, se llama Ley Eterna (Lex Aeterna)»<sup>8</sup>. La ley moral manifiesta de forma gradual, pero claramente desde la Antigua Alianza hasta la venida de Cristo la «sustancial superioridad e importancia del amor», porque Dios desvela progresivamente su amor, que es al mismo tiempo una llamada cada vez más clara a corresponder de manera creciente. «El mandamiento: ‘amarás’ hace descubrir que también la santidad de Dios consiste en el amor»<sup>9</sup>.

Concluye Juan Pablo II: «De este modo, en la economía de la salvación, Dios mismo, como trinitaria santidad (=tres veces Santo), toma, en cierto modo, la iniciativa de realizar por nosotros y en nosotros lo que ha expresado con las palabras: ‘Sed santos, porque santo soy yo el Señor, vuestro Dios’»<sup>10</sup>. En definitiva, Dios es Santidad, porque es amor y a El se dirige el hombre con profunda confianza. «La salvación del hombre está estrechísimamente vinculada a la santidad de Dios, porque depende de su eterno, infinito Amor»<sup>11</sup>.

### *Niveles de imitabilidad*

Dentro de esta invitación general que Dios dirige a los hombres para que le imiten en su íntima santidad-perfección, Juan Pablo II abre

---

7. Cfr. JUAN PABLO II, Enc. *Dominum et vivificantem*, 18-V-1986, nn. 12 y 67; Enc. *Dives in misericordia*, 30-XI-1980, n. 7.

8. JUAN PABLO II, Audiencia general, 18-XII-1985.

9. *Ibid.*

10. *Ibid.*

11. *Ibid.*

diversas perspectivas de gran interés. De manera sorprendente, es en el contexto de la dignidad y vocación de la mujer donde establece una relación entre el misterio trinitario como modelo para el hombre en su singularidad y en su relación con los demás.

En la Carta Apostólica *Mulieris dignitatem* que, en sus propias palabras, tiene carácter de «meditación», dice que la dignidad de cada hombre y su vocación, de la que María es la expresión mas completa, sólo alcanza su realización definitiva en la unión con Dios, conforme a la verdad fundamental de la imagen y semejanza con Dios que lleva impresa<sup>12</sup>. Advierte que al tratar de la dignidad y vocación de la mujer no se deben separar de esta perspectiva el pensamiento, el corazón y las obras, por lo que en cierta manera sugiere una línea operativa.

Juan Pablo II descubre un valor ejemplar en la revelación neotestamentaria del misterio trinitario —la unidad en la Trinidad es unidad en la comunión<sup>13</sup>— y deduce consecuencias importantes para la vida humana, señalando tres niveles o ámbitos de imitación de esta «unidad en la comunión»:

a) Debido a la intención del documento, considera en primer lugar la comunión interpersonal en el matrimonio. En este sentido, la revelación del misterio trinitario proyecta una luz nueva sobre las palabras del Génesis que presentan al hombre y a la mujer como imagen de Dios, creados para formar una *unidad de dos* en el matrimonio. «El hecho de que el ser humano, creado como hombre y mujer, sea imagen de Dios no significa solamente que cada uno de ellos individualmente es semejante a Dios como ser racional y libre; significa además que el hombre y la mujer, creados como ‘unidad de los dos’ en su común humanidad, están llamados a vivir una comunión de amor y, de este modo reflejar en el mundo la comunión de amor que se da en Dios, por la que las tres Personas se aman en el íntimo misterio de la única vida divina»<sup>14</sup>.

12. Cfr. JUAN PABLO II, Carta Apostólica *Mulieris dignitatem*, 15-VIII-1988, n. 5.

13. *Ibid.*, n. 7: «Dios, que se deja conocer por los hombres por medio de Cristo, es unidad en la Trinidad: es unidad en la comunión».

14. *Ibid.* En un documento posterior, la Exhortación Apostólica *Christifideles laici*, 30-XII-1988, n. 52, Juan Pablo II vuelve sobre esta idea, ahora en un contexto eclesial, y señala que la copresencia y colaboración de los hombres y de las mujeres en la acción pastoral de la Iglesia no obedece a una razón de eficacia ni mucho menos es un mero dato sociológico, sino que es «el designio originario del Creador, que desde el ‘principio’ ha querido al ser humano como ‘unidad de los dos’; ha querido al hombre

Si se considera la creación del primer hombre y de la primera mujer a la luz del misterio de la vida íntima de Dios revelada en el Nuevo Testamento, se descubre una analogía con la *communio* divina, que constituye al mismo tiempo una llamada para el hombre: «Esta semejanza se da como cualidad del ser personal de ambos, del hombre y de la mujer, y al mismo tiempo como una llamada y tarea. Sobre la imagen y semejanza de Dios, que el género humano lleva consigo desde el ‘principio’, se halla el fundamento de todo el ‘ethos’ humano. El Antiguo y el Nuevo Testamento desarrollarán este ‘ethos’, cuyo vértice es el mandamiento del amor»<sup>15</sup>.

b) Esta verdad ilumina también las relaciones interpersonales en un sentido más amplio: la *communio divina* viene a ser modelo, en una perspectiva de la historia de la salvación, de la unión del género humano. Juan Pablo II remite aquí a un texto de la Constitución Pastoral *Gaudium et spes*: «El Señor, cuando ruega al Padre que ‘todos sean uno, como nosotros también somos uno’ (Io 17, 21-22), abriendo perspectivas cerradas a la razón humana, sugiere una cierta semejanza entre la unión de las personas *divinas* y la unión de los hijos de Dios en la verdad y en la caridad. Esta semejanza demuestra que el hombre, única criatura terrestre a la que Dios ha amado por sí misma, no puede encontrar su propia plenitud si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás»<sup>16</sup>.

c) Estas palabras del texto conciliar sobre el valor y el sentido de la vida humana son para Juan Pablo II como una síntesis de la verdad sobre el hombre y la mujer, y «estructura de la antropología bíblica y cristiana»; por eso aparecen con frecuencia en su catequesis y sus escritos. Lo expuesto sobre el matrimonio y la comunidad humana en relación con el misterio trinitario lo aplica ahora a todo hombre como persona: «El modelo de esta interpretación de persona es Dios mismo como Trinidad, como comunión de Personas. Decir que el

---

y a la mujer como primera comunidad de personas, raíz de cualquier otra comunidad y, al mismo tiempo, como ‘signo’ de aquella comunión interpersonal de amor que constituye la misteriosa vida íntima de Dios uno y trino».

15. JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica *Mulieris dignitatem*, n. 7. Es interesante la cita de San Gregorio de Nisa, a la que remite Juan Pablo II en este contexto (cfr. nota 25 del documento): Dios que es amor y fuente de amor, ha impreso en nosotros este carácter y si queremos ser una imagen fiel, debemos reflejar este amor en el trato con los demás hombres.

16. Conc. Vaticano II, Const. Pastoral *Gaudium et spes*, n. 24.

hombre ha sido creado a imagen y semejanza de este Dios quiere decir también que el hombre está llamado a existir *para* los demás, a convertirse en un don»<sup>17</sup>.

Si retrocedemos en el tiempo y nos situamos antes del Concilio Vaticano II, encontramos también alguna referencia interesante sobre la imitabilidad, en el orden finito, de la *communio* que caracteriza la vida intratrinitaria. Es Edith Stein la que establece una analogía en esta misma perspectiva.

Expone que el amor en su máxima plenitud sólo se realiza en Dios, en el amor mutuo de las divinas personas que es autoentrega perfecta, donación total sin pérdida alguna, en la unidad perfecta de la esencia divina<sup>18</sup>. La imagen finita de la Trinidad que es el hombre se aproxima tanto más al modelo divino cuanto más prevalece el aspecto de libre donación al otro, mientras que la autoafirmación —característica de un amor desordenado de sí— es el contraste más extremo del Ser divino que es autodonación<sup>19</sup>.

Al hablar de esta «vida en donación» va más lejos estableciendo una semejanza entre la vida intradivina y el amor espiritual —exclusivo— de la persona humana a Dios. Así, para Edith Stein, la aproximación máxima a este amor puro en Dios es, dentro del orden creatural, la entrega de la persona humana a El. Y esta donación es al mismo tiempo también «entrega» al propio yo amado por Dios, y a toda la creación, particularmente a todas las criaturas espirituales unidas a Dios<sup>20</sup>.

17. JUAN PABLO II, Carta Apostólica *Mulieris dignitatem*, n. 7.

18. Cfr. E. STEIN, *Endliches und ewiges Sein*, Edith-Stein- Archiv, Bruselas, Nauwelaerts-Herder, Lovaina, Friburgo 1950, p. 333 ss.: «Die Liebe in ihrer höchsten Vollendung ist aber nur in Gott verwirklicht: in der Wechselliebe der göttlichen Personen, in dem sich selbsthingebenden göttlichen Sein. Die Liebe ist Gottes Sein, Gottes Leben, Gottes Wesen. Sie entspricht jeder der göttlichen Personen und ihrer Einheit».

19. Cfr. *ibid.*: «Wenn die Liebe in ihrer höchsten Erfüllung Wechsel-Hingabe und Einswerden ist, so gehört dazu eine Mehrheit von Personen. Das 'Hängen' an der eigenen Person, die Selbstbehauptung, die der verkehrten Selbstliebe eigen sind, bilden den äussersten Gegensatz zum göttlichen Wesen, das ja Selbst-Hingabe ist».

20. Cfr. *ibid.*: «Die einzige vollkommene Verwirklichung der Liebe (...) ist das Göttliche Leben selbst, die Wechselhingabe der göttlichen Personen. Hier findet jede Person in der andern sich selbst wieder, und da ihr Leben wie ihr Wesen eines ist, so ist die wechselseitige Liebe zugleich Selbstliebe, Jasagen zum eigenen Wesen und zur eigenen Person. Die nächste Annäherung an diese reine Liebe, die Gott ist, im Bereich des Geschöpflichen ist die Hingabe endlicher Personen an Gott (...) Die Hingabe an Gott ist zugleich Hingabe an das eigene gottgeliebte Selbst und die ganze Schöpfung, namentlich an alle gottgeeinigten Wesen».

Volviendo a las enseñanzas de Juan Pablo II, se percibe que tiene presente el modelo de la Trinidad también cuando habla de la cohesión interna de la Iglesia en sus miembros. A propósito del renacimiento en Cristo y «revestimiento» de Cristo según la doctrina paulina, establece una comparación entre la unidad de personas en Dios y la comunión vital entre los miembros de la Iglesia y Cristo. «Volvemos a encontrar en las palabras de Pablo el eco fiel de las enseñanzas del mismo Jesús, que nos ha revelado la misteriosa unidad de sus discípulos con él y entre sí, presentándola como imagen y prolongación de aquella arcana comunión que liga el Padre al Hijo y el Hijo al Padre en el vínculo amoroso del Espíritu (cf Jn 17,21). Es la misma unidad de la que habla Jesús con la imagen de la vid y de los sarmientos: 'Yo soy la vid, vosotros los sarmientos' (Jn 15,5); imagen que da luz no solo para comprender la profunda intimidad de los discípulos con Jesús, sino también la comunión vital de los discípulos entre sí: todos son sarmientos de la única vid»<sup>21</sup>.

De este modo, el misterio trinitario, a la vez que trasciende infinitamente la capacidad del hombre, se le revela, no sólo para que lo *conozca*, sino para que viva de él y —contemplándolo— lo imite. Y cuanto más lo imita, más se «adentra» en el misterio y más lo puede reflejar hacia fuera, en una unión «de pensamiento, corazón y obras». Si se completa este nivel «operativo» con la dimensión de la realización máxima del amor creado que señalaba E. Stein, se perfecciona y en cierto modo se lleva a la plenitud el movimiento del hombre —imagen de la Trinidad— hacia su Creador.

Si este modo de vivir se expande en los diversos niveles que señalaba Juan Pablo II, tiene una indudable repercusión en toda la comunidad humana, desde la familia hasta la convivencia entre los pueblos, y de manera especial —a modo de fermento— en la unidad-comunión intraeclesial.

### *Fundamento especulativo de la imitabilidad*

Todas estas analogías concebidas dentro de una línea operativa —de movimiento hacia Dios— pueden tener su fundamento especu-

---

21. JUAN PABLO II, Exhortación Apotólica *Christifideles laici*, 30-XII-1988, n. 11. Y en el n. 18: «La comunión de los cristianos con Jesús tiene como modelo, fuente y meta la misma comunión del Hijo con el Padre en el don del Espíritu Santo: los cristianos se unen al Padre al unirse al Hijo en el vínculo amoroso del Espíritu».

lativo en la doctrina de Santo Tomás de Aquino sobre la imagen de Dios en el hombre. Distingue entre «imagen» y « semejanza », que no son sinónimos. La imagen presupone la semejanza, y también la semejanza —entendida como *similitudo subsequens*— perfecciona la imagen a través de la actividad del hombre<sup>22</sup>.

Aunque se puede admitir una semejanza perfectiva en el orden natural, lógicamente la imitación del modelo trinitario por parte del hombre hay que situarla en el orden sobrenatural, es decir en la imagen perfeccionada por la gracia —que Santo Tomás llama *imago recreationis*— en una perspectiva de salvación<sup>23</sup>. Sobre esta base y contando con la ayuda de la gracia, el hombre puede buscar mediante sus actos la aproximación al modelo trinitario.

Este perfeccionamiento se realiza en Cristo, ya que es El quien introduce al hombre en la intimidad divina, y siguiendo a Cristo que, en palabras de Santo Tomás, *secundum quod homo, via est nobis tendendi in Deum*<sup>24</sup>.

### *Perspectivas teológicas*

Desde el punto de vista teológico, estas analogías en una línea «operativa» que se han señalado y por ahora se encuentran poco desarrolladas, revisten una importancia grande.

En primer lugar es un modo de «acercar» el misterio trinitario más al hombre sin que pierda nada de su trascendencia. El hecho de hacerlo excesivamente objeto de especulación lo ha «alejado» en cierto modo y a veces se ha llegado a separar la «Trinidad inmanente» —con-

---

22. SANTO TOMAS DE AQUINO, *Summa Theologica* I, q. 9 c: «(similitudo) consideratur etiam ut subsequens ad imaginem, in quantum significat quandam imaginis perfectionem; dicimus enim imaginem alicuius esse similem vel non similem ei cuius est imago, in quantum perfecte vel imperfecte repraesentat ipsum». En cuanto a esta expresión y perfección de la imagen, Santo Tomás cita un texto de San Juan Damasceno que entiende la imagen de Dios en el hombre en un sentido operativo —capacidad de libre obrar— y la semejanza en sentido perfectivo real que es propio de la virtud. Cfr. E. REINHARDT, *La imagen de Dios en el hombre: La 'Imago creationis' según Santo Tomás de Aquino*, en *Excerpta e Dissertationibus in Sacra Theologia*, IX, Eunsa, Pamplona 1985, pp. 389; 463-464.

23. Cfr. SANTO TOMAS DE AQUINO, *Summa Theologica* I, q. 93, a. 4; *De Potentia*, q. 9, a. 9.

24. Cfr. id., *Summa Theologica* I, q. 2, prol.

siderada como de escaso interés para el hombre— de la «Trinidad económica» —cercana al hombre, porque es Dios que le salva—. Aunque se pueden estudiar separadamente, los dos aspectos son inseparables y es preciso mantener el equilibrio entre ambos<sup>25</sup>. Si se desarrolla teológicamente la línea operativa buscando la aproximación a Dios como *exemplar*, se une necesariamente y de modo armónico la Trinidad en sí misma y en su acción salvadora del hombre.

En lo que se refiere a la antropología cristiana, supone un enriquecimiento de la noción de «persona», tanto en el aspecto singular como en la relación con los demás.

Las analogías mencionadas aportan también aspectos de interés para la eclesiología, desarrollando más la llamada «eclesiología de comunión»<sup>26</sup>. Además, si se tiene en cuenta que la *communio* está en estrecha relación con la *missio*<sup>27</sup>, se pueden encontrar nuevas luces comparando la actividad misionera de la Iglesia con las misiones divinas, como sugiere el Concilio Vaticano II<sup>28</sup> dentro de la unidad orgánica propia de la «communio» eclesial. Por último, las analogías citadas no carecen de interés en el esfuerzo ecuménico, porque el misterio trinitario es patrimonio común de los cristianos.

---

25. Cfr. *Declaratio ad fidem tuendam*, SCDF, 8-III-1972, AAS 64 (1972), 237-241, n. 5.

26. Cfr. JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica *Christifideles laici*, 30-XII-88, n.

27.

27. Cfr. *ibid.*, n. 32.

28. Cfr. CONCILIO VATICANO II, Decr. *Ad gentes*, n. 2.

